



El Partido Demócrata Cristiano acaba de hacer una declaración pública en que manifiesta su posición ante la situación del país.

Hay quienes dicen que ha pasado la hora de los partidos políticos y ha sonado la de las organizaciones populares. Es una afirmación hipotética que no ha sido verificada. El que de hecho cuenten ahora menos los partidos políticos, el que algunos consideren que los partidos políticos sean partidos de clases burguesas, el que sean bastantes los que han perdido fe en la actividad concreta de los partidos salvadoreños, el que haya grupos que consideren que la revolución violenta es el único camino para el poder, no prueba que realmente haya pasado la hora de los partidos, que no aceptan como dogma inflexible la dictadura del proletariado. No se olvide que los bloques y los frentes están dirigidos por quienes pretenden llegar a formar un verdadero partido político marxista-leninista.

En el descrédito de los partidos políticos pueden verse varias causas. Una de ellas es la poca fe y el poco sacrificio de sus dirigentes; muchos de los dirigentes políticos de los partidos necesitan llevar un alto nivel de vida para cuyo sostenimiento necesitan un trabajo remunerado que les ocupa la mayor parte de su tiempo hábil; en estas condiciones dedican al partido un tiempo residual casi burocrático, sin cultivo apenas de las bases populares, excepto en tiempo de elecciones. Otra de las causas de su descrédito es su vivir realmente de espaldas a las exigencias de las clases populares, con las que apenas mantienen contacto, pues no creen realmente en las virtualidades políticas de obreros y campesinos. Pero otra de las causas es la política seguida por los Gobiernos de Seguridad Nacional, que han hecho todo lo posible en la teoría y en la práctica para desprestigiar los partidos; no olvidemos que el desprestigio sistemático de los partidos es una de las consignas funda-



mentales de los Gobiernos y de los intelectuales fascistas.

Pero a pesar de este descrédito contra los Partidos provocado con distinto acento por los Gobiernos fascistas y por las organizaciones populares, no está probado ni aquí ni en parte alguna que los Partidos carezcan de virtualidades para dar juego en la arena política. Tal vez no estén capacitados para hacer de momento la revolución, pero no hay por qué negarles el que todavía puedan contribuir a hacer avanzar el proceso social. Que las organizaciones populares vean en los partidos políticos un freno a su marcha es a larga distancia una apreciación miope y simplista. Se puede estar más a favor de las organizaciones que de los partidos, pero esto no conlleva el que sea el luchar contra los partidos el mejor camino para hacer avanzar la organización popular. En el momento actual de nuestro país caben pocas ilusiones sobre el modo factible de hacer avanzar el proceso social.

En el comunicado del Partido Demócrata Cristiano se estima como positivo el crecimiento de la fuerza obrera en los últimos meses y se denuncia fuertemente algunas acciones violentas y represivas del Gobierno, a pesar de que también se reconocen algunas acciones positivas. En tanto en cuanto el Partido Demócrata cristiano vigorice el movimiento obrero no conde declaraciones tan sólo sino con trabajo organizativo y reivindicativo y en tanto en cuanto se convierta en censor del Gobierno y endefensor del derecho, estará recobrando credibilidad y estará haciendo algo positivo para el país. Pero tendrá también que profundizar su análisis sobre lo que es la empresa privada en el país, que en su declaración se presenta con tonos no sólo demasiado suaves sino verdaderamente ocultadores de la realidad. Son estas ambigüedades las que hacen que los más avanzados vean poco de positivo en las acciones y en las declaraciones de los partidos. El juego político, el ingenuo juego político trae a veces consecuencias funestas.

28-Abril-1979